



HOMILIA EN EL III DOMINGO DE CUARESMA

23-III-2025

Muy apreciados hermanos,

Hacemos nuestras las palabras del salmista: *“Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. Él perdona todas nuestras culpas y cura todas nuestras enfermedades; él rescata nuestra vida de la fosa, y nos colma de gracia y de ternura”* (Salmo 103,1).

En efecto, estamos celebrando esta Santa Misa, para glorificar, bendecir y alabar a Dios, fuente de todos los bienes y beneficios; para agradecer el don de la vida y la fe; para pedir perdón, pues hemos pecado y queremos convertirnos a él, que es la fuente de nuestra vida; y para pedir por nuestras necesidades, pues somos sus hijos, y cuanto le pidamos con fe, él nos lo concederá.

En este III Domingo de Cuaresma, prácticamente a la mitad de la cuaresma, el evangelio nos invita a reflexionar sobre la conversión. Dos veces, nos dice el Señor: *“y, si no se convierten, todos morirán...”* (Lc 13,3). Nos presenta, por tanto, dos caminos: convertirse y salvarse, o no convertirse y morir. No hay ningún otro camino.

Pero ¿qué es la conversión?

Convertirse es dar una vuelta y dirigirse hacia el lado contrario a donde nos estábamos dirigiendo.

Y esta conversión tiene tres pasos:

- Primero, ver lo malo que hemos hecho, pensado y hablado, o el bien que pudimos hacer y no quisimos hacer. Es hacer un profundo examen de conciencia; es verse como se es en realidad, sin máscaras ni disfraces.
- El segundo paso de la conversión es sentir tristeza o disgusto de lo mal que hemos obrado. No es una rabia porque no nos han resultado bien nuestros planes, como sucedió a Caín y Abel. Eso sería remordimiento. Es una tristeza suave, pero profunda. Podemos distinguir dos tristezas: hay una tristeza que lleva al mal y al desaliento, pero hay otra tristeza que lleva al bien y a la conversión. Y esta última es la tristeza que sentimos cuando nos damos cuenta de que hemos disgustado a Dios. Así lo expresamos cuando recitamos el acto contrición: *“me pesa de todo corazón, porque con mis pecados ofendí a un Dios tan bueno, digno de ser amado sobre todas las cosas”*.

- El tercer paso es un propósito firme de dejar el pecado y mejorar. San Juan Bosco decía que lo más que derrota a los enemigos del alma es hacer firmes propósitos de enmiendas, y esforzarse por cumplirlos.

Si seguimos estos pasos, podemos dar frutos de santidad.

Lamentablemente, cuando nos estancamos en nuestra vida espiritual y profesional, no damos frutos, caemos en la pusilanimidad y la mediocridad, como narra Jesús en la parábola de la higuera que no da frutos. A veces, somos ingenuos, y queremos convertirnos al final de nuestras vidas. Con frecuencia podemos decir: después me confesaré, luego haré las paces con aquella persona, después pagaré las deudas, pero, como decía San Agustín: “¿a quién se le ha prometido el día de mañana?”.

La Sagrada Escritura nos habla de personas que perdieron el último chance de conversión: el ladrón malo en la cruz, Caín, Judas Iscariote (que se quitó la vida); tenemos otros ejemplos que fueron valientes, en el último tiempo, y se convirtieron: San Pedro, que llegó decir “*Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo*” (Jn 21,17). El Buen ladrón a quien Jesús le dijo: “*hoy estará conmigo en el paraíso*” (Lc 23,43). Santo Tomás, que al ver a Jesús, exclamó: “*Señor mío, Dios mío*” (Jn 20,28). Ojalá podamos nosotros imitar estos últimos ejemplos.

Y el papa Francisco, en este año jubilar, nos invita en su mensaje de cuaresma a realizar tres conversiones:

- **Condición de peregrino.** La primera consiste en asumir la condición de peregrino; y ponerse en camino. ¿Estoy realmente en camino o más bien paralizado, estático, temeroso y falto de esperanza, o instalado en mi zona de confort?

- **Conversión a la sinodalidad.** El Papa Francisco propone entonces una conversión a la sinodalidad. Nos pide que comprobemos si, en nuestra vida, somos capaces de ponernos en camino con los demás, de escuchar, de superar la tentación de anclarnos en nuestra autorreferencialidad, y preocuparnos solo de nuestras propias necesidades.

- **Conversión a la esperanza en la vida eterna.** Por último, la tercera conversión es la de la esperanza; en la vida eterna. A continuación, el Papa expone una lista de preguntas que todo católico puede hacerse: ¿Estoy convencido de que Dios perdona mis pecados? ¿O actúo como si pudiera salvarme por mí mismo? ¿Anhele la salvación y pido a Dios que me ayude a conseguirla? ¿Vivo la esperanza que me ayuda a leer los acontecimientos de la historia y me motiva a comprometerme por la justicia, la fraternidad y el cuidado de nuestra casa común, asegurándome de que nadie se quede atrás?

Queridos hermanos, recordemos la advertencia de Jesús: “*si no se convierten a mí, morirán*” (Lc 13,3), pues no podemos estar separados de la fuente de la vida. No dejemos la conversión para el último momento. Recordemos las palabras de Santa

Teresa de Jesús: *“Espera, alma mía, espera. No sabes el día ni la hora. Observa atentamente, todo pasa deprisa, aunque tu impaciencia haga dudoso lo que es cierto, y largo un tiempo muy corto”*. El Señor nos conceda ser fieles hasta el final. Así sea.

+ 
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**
Obispo de Cabimas y Arzobispo Electo de Cumaná



Prot. 2025/069